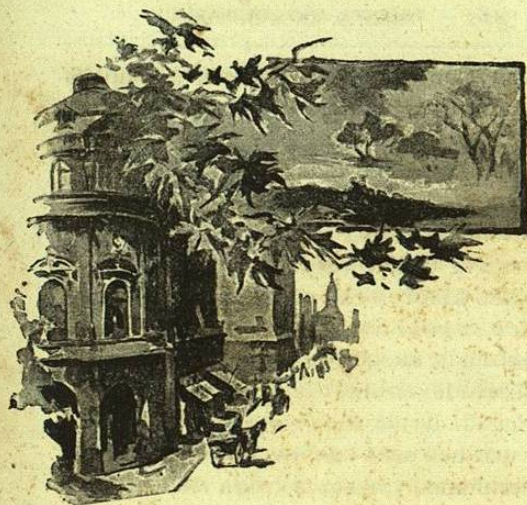


medorcillo empapelado al estilo burgués.

Cuando acabamos de comer y encendimos las pipas, nos pusimos á hablar de Mozart. Fuera, en la terraza de la posada, veía yo por entre los deshojados árboles, un columpio, un juego de bolos, los blancos de un tiro de ballesta, con el aspecto triste que tienen los sitios de recreo cuando están abandonados. «¡Holal Aquí hay un clavicordio,» dijo mi compañero levantando la funda de una mesa cargada de platos. Teclea el instrumento, le arranca unas cuantas notas cascadas, temblonas, y hasta la caída de la tarde nos embriagamos con Mozart.



FROMONT, MENOR, Y RISLER, MAYOR

La primera idea de *Fromont, menor*, se me ocurrió en un ensayo general de *La Arlesiana*, en el teatro del Vaudeville.

Sobre el fondo de una magnífica decoración de Camargue, que los mecheros de gas hacían brillar asombrosamente, iba la pastoral desenvolviendo sus esce-

nas, lentas y rimadas con acompañamiento de deliciosa música de Bizet, compuesta de reminiscencias de Nochebuena y de marchas antiguas. A la vista de aquella obra llena de pasión, que á mí me deleitaba como buen meridional, pero la cual consideraba yo con demasiado sabor local, con demasiada sencillez en la acción, temía que los parisien- ses no transigirían muchas noches con oír hablar de las cigarras, de las muchachas de Arlés, del mistral, de mi molino, y que era hora de interesarles con una obra más á propósito para ellos, más en relación con su vida diaria y que se agita- se en su propia atmósfera; y como en- tonces vivía yo en el Marais, tuve la idea de colocar un drama en medio de la actividad obrera de aquel barrio co- mercial.

La asociación me pareció un asunto tentador; como hijo de industrial, cono- cía yo el engranaje de esa colaboración comercial en la cual intereses semejan- tes acoplan, en virtud de una necesidad de todos los momentos, y á veces man- tiene unidos durante muchos años á se-

res de diversos temperamentos y de di- ferente educación. Conocía las envidias de una casa á otra, la agria rivalidad de las mujeres, en quienes subsisten las cas- tas y luchan todavía más que en el hom- bre, y todas las molestias y mortificacio- nes de la vida en común.

En Nimes, en Lyon, en París, tenía cuantos modelos quisiera, todos en mi propia familia, y me puse á pensar en la obra teatral cuyo nudo debía ser el ho- nor de la firma, de la razón social.

Desgraciadamente, hasta para el tea- tro se necesita la pasión. El adulterio con sus mentiras, sus emociones, sus peli- gros, solicita toda la atención del públi- co, y por eso el interés de aquel estudio mío se halla concentrado en Sidonia y sus aventuras, cuando el verdadero asun- to de mi obra debía ser la asociación co- mercial; pero me propongo intentarlo de nuevo algún día.

Como todo el mundo sabe, *La Arlesia- na* fracasó. Era una insensatez creer que en pleno boulevard, en aquel rincón coquetón de la Calzada de Antin, al paso de las modas, del capricho, del torbelli-

no siempre variado de Todo-París, tuviese interés para nadie aquel drama de amor que se desarrollaba en el corral de una casa de labor, en una llanura de Camargue, embalsamando los graneros llenos y el espliego en flor. Fué una caída tremenda, á pesar de la música más bonita del mundo, los trajes de seda y terciopelo y las ricas decoraciones de ópera cómica.

Salí del teatro acobardado, descorazonado, llevándome aún en los oídos las estúpidas carcajadas provocadas por escenas tristes, sin ánimos para defenderme en los periódicos, en los cuales atacaban los críticos aquel género desprovisto de sorpresas, aquella pintura en tres cuadros de costumbres y de aventuras, la verdad de las cuales sólo yo conocía, y resolví no volver á escribir nada para el teatro, amontonando crónicas y revistas hostiles, como para hacer con ellas un parapeto á mi voluntad. Creí que *Fromont*, que ya estaba preparado, meditado, casi á punto, podía ser transformado en novela. Entonces debí cambiar el armazón de la intriga, resta-

blecer el orden y la gradación de los sentimientos; pero no hay nada tan difícil como el trastorno de un trabajo cuyos trozos se asocian, se acoplan, se completan formando mosaico; no hay nada tan cruel como ese aborto voluntario de nuestras concepciones cuando el espíritu las ha llevado dentro de sí durante mucho tiempo, dolorosas y vivas. Y como los elementos del drama—me refiero siempre al drama tal como yo lo había comprendido y como fué puesto en escena después—me sirvieron para la novela, resultó que la fábula de *Fromont, menor*, es un poco convencional y romántica, con tipos y medios ambientes verdaderos, copiados del natural.

¡Del natural!

Jamás tuve otro sistema de trabajo. Así como los pintores conservan cuidadosamente álbums de croquis, de siluetas, de actitudes, un perfil, el movimiento de un brazo observado en lo vivo, así yo colecciono desde hace treinta años una porción de cuadernitos en los cuales figuran las observaciones, los pensamientos, ocupando sólo un renglón, lo

suficiente para acordarse de un gesto, una entonación, desarrollados, agrandados á su tiempo para la armonía de una obra importante.

En París, viajando, en el campo, esos cuadernos han ido llenándose sin advertirlo, sin pensar siquiera en el trabajo



futuro que se iba aglomerando en ellos; nombres propios hay allí que no he podido variar luego, porque les encontraba una fisonomía, la huella y el parecido de las gentes que los llevan. Algunos libros

míos han producido escándalo y han sido llamados novelas *con clave*; es más, hasta se han publicado las claves con listas de nombres pertenecientes á personajes célebres, sin reflexionar que en mis otras obras había habido figuras verdaderas también, pero desconocidas, pero perdidas entre la muchedumbre, donde nadie hubiera pensado buscarlas.

—¿No es esa la verdadera manera de escribir la novela, es decir, la historia de gentes que no tendrán jamás historia?

Todos los personajes de *Fromont* han vivido ó viven todavía. Con el viejo Gardinois he disgustado á persona á quien quiero con toda mi alma; pero no he po-



dido suprimir ese tipo de viejo egoísta y terrible, de rico improvisado, implacable, que á veces, desde la terraza de su parque, envolviendo con su mirada ávida los inmensos edificios de la granja y

el castillo, los bosques y las cascadas, decía á sus hijos allí reunidos: «Lo que me consuela al morir es que ninguno de vosotros será bastante rico para conservar él solo todo esto.» El cajero Planus se llamaba Schérer. Lo he conocido en una casa de banca de la calle de Londres, meneando la cabeza delante de su caja llena, murmurando con su acento tudesco, con cierta dulzura tragi-cómica: «Se fué, se fué mucho dinero, mucho dinero; pero no va mal esto.»

Sidonia también existe, y la modesta casa de sus pádres y la caja de diamantes de la señora Chèbe en un rincón de la cómoda, único lujo que durante mucho tiempo hubo en la pobre casa de los Chèbe. Sino que la verdadera Sidonia no era tan negra como yo la he pintado. Intrigante, ambiciosa, aturdida por su improvisada fortuna, ebria de placeres y de trajes extravagantes, pero incapaz del adulterio á domicilio, imaginado sobre todo, rodeado por escenas de efecto. La señora de Gardinois luce todavía sus sortijas allá en un pueblo de provincias; pero no leerá jamás este libro, porque

no lee nunca, porque tiene siempre los dedos ocupados.

Risler es un recuerdo de la infancia. Aquel rubio alto, dibujante de fábrica, trabajaba en casa de mi padre. De alsaciano que era, lo he naturalizado en Suiza para no mezclar á mi libro el patriotismo sentimental, medio de conseguir fácilmente aplausos.

Delobelle ha vivido á mi lado, y diez veces me ha dicho: «No tengo derecho á renunciar al teatro.» En él, para completarlo hasta hacerlo un tipo, he resumido todo lo que sabía acerca de los cómicos, sobre sus manías, su dificultad para hacer pie en la vida real al salir de la escena, para conservar una individualidad á pesar de tantos cambios y disfraces. Aquí tengo, entre unas antiguas notas hojeadas para escribir esto, una «Bendición del mar» relatada por un actor, que es lo más extraordinario del mundo. No la transcribo porque desespero de poder reproducir los rugidos y los movimientos de ojos, su ternura, la entonación, los temblores, las actitudes académicas que acompañaron aquel singular relato, oído

en el saloncillo del antiguo teatro del Vaudeville.

Y también me encuentro en otro cuadro de croquis la asombrosa actitud de otro Delobelle delante de su casa incendiada por los prusianos, traduciendo un sentimiento de pesar en sus gestos cómicos; porque ésa es la especialidad de esa raza, que hace un estudio especial para interpretar la vida, para comprenderlo todo en falso y conservar en los ojos la óptica convenida, sin sombra, de las tablas.

Delobelle, pues, estaba muy estudiado por mí, pero no había completado ese estudio con el de la familia cuando asistí por aquella época al entierro de la hija de un gran actor; allí vi, en un patio de la calle de Bondy, la gente de teatro toda reunida, y todo lo que más tarde anoté á la muerte de la pequeña Desideria, las entradas típicas de sus invitados, sus apretones de mano, variados según los trajes de sus papeles, la lágrima arrancada del párpado y mirada en la punta del guante.

En seguida se me ocurrió la idea de dar

una hija á Delobelle, y quise hacer á aquella niña como si hubiese heredado una chispa de la extravagancia del padre, transformando la exasperación artística en dulce sentimentalismo de mujer y de enferma. En razón de esa enfermedad misma, y como contraste, le atribuí un oficio de lujo, de fantasía. Primero hice de ella una modista de muñecas, para que aquella infeliz, aquella desgraciada, pudiese contentar al menos sus gustos delicados y elegantes, vestir sus ensueños, ya que ella no podía vestirse, con retazos de seda y de galón dorado. El oficio era bien adecuado á ese barrio de Marais, siempre bullicioso y trabajador, cuyas ennegrecidas casas de cinco pisos, antiguos hoteles blasonados, encierran el placer de París en preparación, y tienen entre el polvo de sus guardillas y de sus escaleras empinadas, partículas de oro fino y de maderas preciosas. Entrad en aquellos corredores estrechos; subid aquellas tristes escaleras; por las entreabiertas puertas de cada piso veréis, en torno de una luz y de un poco de lumbre, mujeres y niñas traba-